

ANTROPOLOGIA

UNA CIENCIA VASTISIMA

Y RELACIONADA



Capitán JOSE MARIA PEÑARANDA P.

- a) Introducción
- b) El Museo Arqueológico del Instituto Colombiano de Antropología.
- c) El Museo del Oro del Banco de la República Realidad del Dorado.
- d) El Museo Etnográfico del Instituto Colombiano de Antropología.
- e) Otras dependencias y filiales del mismo Instituto.
- f) Las ciencias antropológicas.

1— a) Introducción. Para comprender lo que es la Antropología, los estudios que supone y aquellos con que se relaciona, visitemos el Museo Arqueológico, el Museo de Oro del Banco de la República, el Museo Etnográfico, las oficinas del Instituto Colombiano de Antropología y enterémonos de las dependencias que este mismo centro científico dirige en diversas partes de la República. Porque nada nos dará una idea tan viva de la ciencia antropológica como ver en la realidad los objetos de su estudio y en actividad sus hombres.

En los Museos del Instituto se han recogido los objetos procedentes de todo el país que han llegado a poder de la nación, desde los enterramientos de los aborígenes y desde las tribus primitivas existentes en el territorio nacional. En cambio en el Museo del Oro

el Banco ha expuesto a la admiración del público las piezas de oro que han podido recolectar procedentes también de sepulcros o de "guacas". Tiene el particular interés no solo de presentar los modelos estéticos de nuestros primitivos, sino de poner a la vista una riqueza y técnica de orfebrería que poquísimos países pueden exhibir.

El Museo del Instituto Antropológico consta de dos partes, que son salones preciosamente instalados: el Museo de Arqueología y el Museo de Etnografía. En el primero están los objetos de la cultura material de los pueblos que vivieron en Colombia antes del descubrimiento, por los españoles, que por la conquista perdieron su fisonomía y de los cuales nos quedan

CAPITAN

JOSE MARIA PEÑARANDA P.

Oficial del arma de Infantería que egresó de la Escuela Militar el 4 de Abril de 1952. Durante su carrera profesional ha estado en las siguientes Unidades:

Batallón de Infantería Nº 14 "Ricaurte"
Batallón "Rook", 6ª Brigada, Escuela de Infantería y Batallón García Rovira.

El Señor Capitán Peñaranda ha efectuado los siguientes cursos: Curso de Capacitación para Teniente en la Escuela Militar de Cadetes, curso de Capacitación para Capitán en la Escuela de Caballería.

monumentos y recuerdos bajo la tierra. En el segundo, los objetos de la cultura material de los actuales pueblos que quedan en Colombia en estado primitivo.

2— b) El Museo Arqueológico del

Instituto Colombiano de Antropología. A la entrada de los Museos vemos ya unas estatuas talladas en piedra que representan figuras humanas con facciones y simbolismos que llaman nuestra atención. ¡Qué distintas son las es-



Fig. - 1

Vasija de cerámica quimbaya, negra y roja sobre blanco, hallada en Caldas y que representa un hombre con caracteres de sapo.

tatuas que contemplamos en los parques y plazas, de los héroes que describe nuestra historia patria! Las que aquí miramos son reproducciones de las estatuas de San Agustín, talladas allá cerca de las fuentes del río Magdalena, quién sabe cuántos siglos atrás, por un pueblo cuyas ideas todavía tenemos que adivinar.

Vamos a visitar las vitrinas del Museo Arqueológico; pero, antes de seguir adelante, consideremos un mapa que nos orientará sobre la inmensa masa de observaciones que en él vamos a efectuar. El contorno lo conocemos bien desde nuestras clases de Geografía; es la silueta de Colombia: dos mares; los ríos Magdalena, Cauca, las grandes corrientes que van al Pacífico, al Atlántico, al Orinoco y al Amazonas. Pero no hallamos la división en departamentos a que estamos acostumbrados. En vez de ella vemos rótulos y límites marcados con diferentes colores que significan: **Chibchas, Caribes, Arawakos, Amazonía, Orinoquía**. Son las grandes agrupaciones que comprenden los pueblos que habitaron y habitan el territorio que hoy es nuestra nación.

¿Qué recuerdos nos quedan de los ya extinguidos?

Primorosamente moldeadas en barro, vemos llenando las vitrinas, numerosas ollas, cántaros, alcarrazas, vasijas de diversos tamaños, de elegantes contornos y admirable pulimento y consistencia (fig. 1). Muchas de ellas han sido reconstruidas con esmero, después de que por varios accidentes estuvieron rotas en menudos tiestos. Los letreros nos indican la procedencia de estos objetos y cómo llegaron a los estantes del Museo.

Excitan nuestro interés unas momias cuya piel los siglos han convertido en pergamino, y que hoy se conservan envueltas en telas de hechura singularísima, solo parecidas a las que

hoy producen las fábricas en que también sus hilos fueron torcidos de las motas del algodón o extraídos de las pencas del fique. Allí al lado están las ruecas que se empleaban para torcerlos y el telar donde se tejían esas hebras, combinando en forma caprichosa y exquisita los colores y los diseños.

Más allá nos embelesamos mirando multitud de joyas labradas en oro: narigueras, brazaletes, pectorales, alfileres, collares, zarcillos, vasijas y orejeras, muy distintas a las que hoy día fabrican los joyeros, pero que, evidentemente, tienen la misma finalidad de satisfacer el lujo, de dar idea del poder y de acompañar con sus sonidos y con su brillo una danza o un desfile que no sabemos cómo fue, pero que por el primor de los adornos y el valor de la materia debió ser de suntuosidad y fasto extraordinarios. Y no solamente vemos refinamiento en las joyas; lo hay también en los morriones de plumas, en los collares de huesos y dientes, en las pulseras de conchas marinas o de semillas vaciadas de palmas, cuyas especies pueden reconocer los expertos en nuestras selvas.

Admiramos también en otras vitrinas las herramientas y las armas que sirvieron para tallar esas estatuas, para cazar los pájaros a los cuales se arrancaron esas plumas, para abrir la tierra a las semillas, para pescar y seguramente para hecer las guerras en que estallaron las ambiciones y los odios de un mundo primitivo que aún nos es desconocido: arcos, flechas, lanzas, garrotes de macana, dardos, hachas de piedra, anzuelos, redes de variada trama, calabacines que contenían extraños venenos como el curare.

También nos damos cuenta en este Museo de los cultivos que llevaban a cabo aquellos pueblos; hay rastros de maíz, hay ánforas que tienen forma de ahuyamas, de cubios, de papas, de ci-

dra y otros; vemos productos de varias plantas colorantes. Por ellos llegamos a la convicción de que estas gentes tenían sus cultivos, conocían sus bosques y animales salvajes y que ellos fueron los maestros que enseñaron al mundo a producir y utilizar alimentos y substancias vegetales valiosísimos.

Todos los objetos que primero vimos han sido extraídos de las tumbas y ruinas de monumentos, y muchos de

ellos llevan todavía adheridas la arcilla y la tierra que los guardaron por muchos años.

Nuestros pensamientos se agitan surgiendo de estos objetos, revelándonos la existencia de pueblos que tenían las mismas necesidades fundamentales que nosotros y que se esforzaron en satisfacerlas por otros medios de los que ahora emplea nuestra civilización.

¿Cómo eran los hombres que manejaban esas armas, que ejecutaban esos

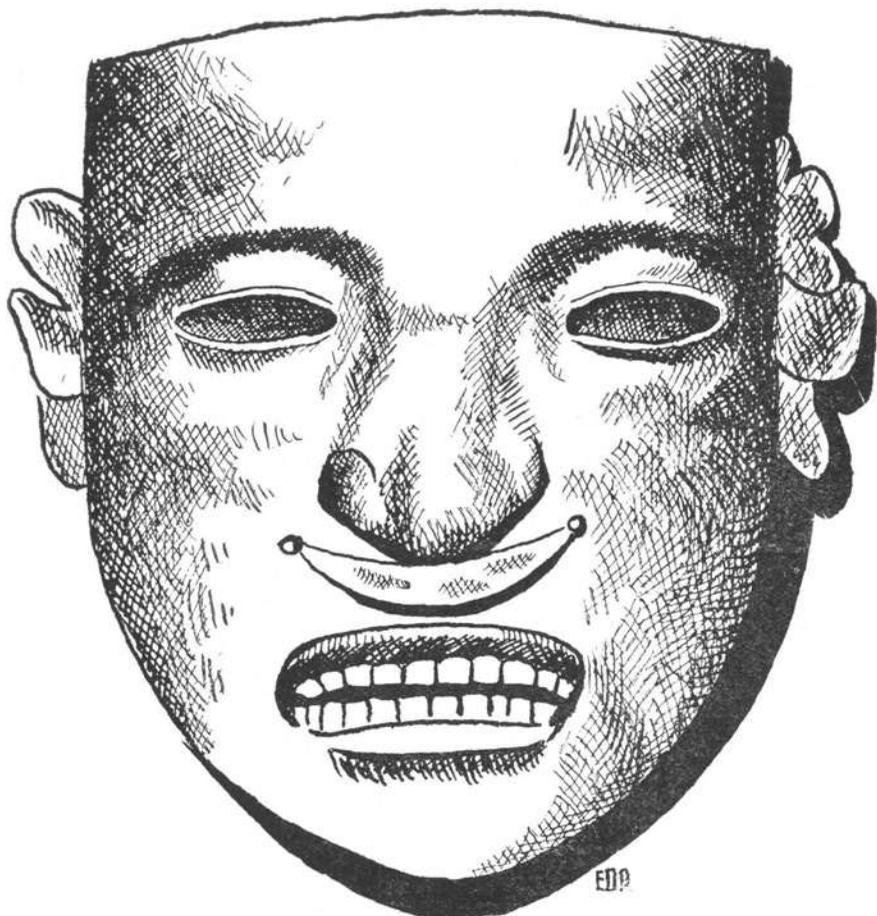


Fig. - 2

Máscara de oro hallada en Antioquia.

primores en oro, que vestían esas telas, que se hacían enterrar en esa forma tan singular? Aquí y allí vemos muchas figuras humanas (Fig. 2), modeladas en barro, o talladas en piedra, o vaciadas en oro. Sus facciones se parecen mucho a las de los campesinos que encontramos en los páramos, en los mercados, en los caminos y en las aldeas de Colombia.

Los hombres del pasado tuvieron sus lenguajes y dialectos, su escritura, sus dibujos y su numeración peculiares; maneras de transmitir a otros hombres distantes sus pensamientos y sus hazañas. Siguiéron normas en sus relaciones familiares, concibieron el honor y practicaron su piedad.

En la geografía de Colombia hallamos nombres de poblaciones cuyo sabor coincide con esas divisiones que ya hemos visto en el mapa arqueológico de Colombia; en el actual Cundinamarca hallamos a Bogotá, Facatativá, Fusagasugá, Zipaquirá, Cajicá, Engativá; hacia el sur del mismo departamento encontramos a Tocaima, vecina a Calandaima, Anapoima, Doima, Sasaima, Nimaima, Anolaima; al occidente del país, en el Chocó, están, Bagadó, Juradó, Baudó, Lloró, Murindó; en Boyacá volvemos a encontrar nombres con el mismo acento cundinamarqués: Chiquinquirá, Sotaquirá, Tinjacá, Guachantivá, Moniquirá; y en el sur del País, en Nariño: Iles, Puerres, Sapuyes, Ipiales, Pupiales, y así vemos juntas poblaciones cuyos nombres se parecen y que, ciertamente, proceden de voces anteriores a la llegada de la cultura europea.

Los hombres que antes de nosotros habitaron esta misma tierra colombiana vinieron sin duda, de remotos países y eran valientes viajeros. ¿De dónde y cuándo vinieron? ¿Por dónde? ¿Hasta dónde llegaron? Estos son interrogantes que nos presenta este Museo.

También tuvieron su religión y su gobierno. En el Museo hallamos repetidas, adornadas con símbolos fijos, figuras esmeradamente trabajadas que tienen carácter nobiliario: caciques, jefes, ídolos y dioses: la rana, la serpiente, la lagartija, el tigre, el carraço, la luna, el sol. No cabe duda que entre ellos existió una organización social y un culto, que levantó adoratorios y que fundó sus obligaciones sociales en los mandatos de seres superiores al hombre.

3— c) Museo del Oro del Banco de la República. Realidad del Dorado. En muchos museos de fama internacional, como son los de Londres, Chicago, Washington y Madrid, los visitantes pueden admirar piezas de oro que pertenecieron a las tribus de Precolombia. La razón de este hecho es que en ninguna otra parte del mundo se encuentran como en el territorio colombiano esas demostraciones de arte y de lujo, de técnica y de espiritualidad, fabricadas con el más noble de los metales.

El Banco de la República, bajo cuya custodia se halla todo el oro que se extrae de las minas o que se encuentra en el territorio nacional, con el cual respalda nuestra moneda, ha organizado su Museo del Oro, para la conservación en él de todas las piezas de valor cultural hechas con el precioso metal. Así ha llegado a poseer y a presentar a la admiración del público, y a nuestro estudio, una de las colecciones arqueológicas más admirables, (fig. 3).

La presentación del Museo es lujosa. Desde su entrada nos imponen silencio, así la esplendidez del riquísimo tesoro como buen gusto con las piezas brillantes están dispuestas sobre fondos de tela azul pizarra y el asombro con que las miran los visitantes. cuyos pasos lentos no se sienten en las espesas alfombras.

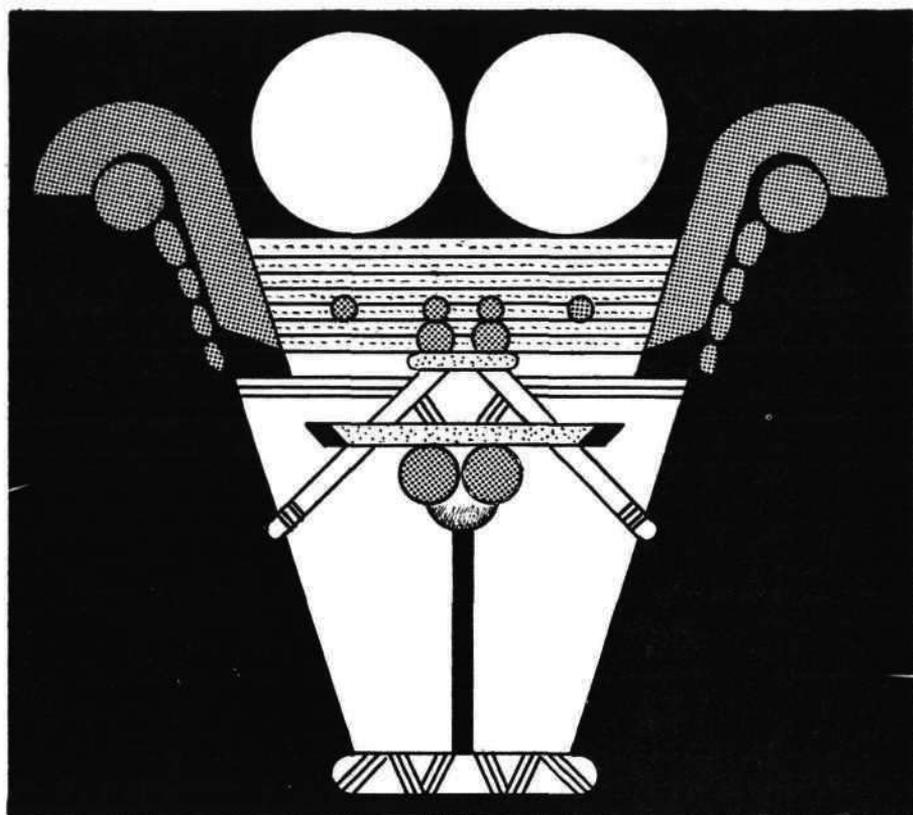


Fig. - 3

Pectoral chiriquí en oro

El Museo del Oro del Banco de la República nos prueba que no carecía de fundamento la fábula de El Dorado, una tierra donde el preciado metal se recogía fácilmente a manos llenas, con la cual nuestros primeros conquistadores se entusiasmaron tanto que, por llegar a ese mundo ideal, emprendieron las más penosas expediciones y lucharon contra las tribus más agueridas que habitaban nuestro territorio.

El Museo del Oro nos abre muchos secretos sobre las civilizaciones indíge-

nas. En primer lugar, porque el oro ha sido siempre difícil de arrancar de la naturaleza, ya que se halle en vetas, encerrado en rocas cristalinas durísimas, ya se lo deba lavar en los placeres de los ríos tropicales, para separarlo de la arena o del fango donde se esconde en pepitas o granitos menudos. Esa obtención del oro supone un arduo trabajo, dura y malsana esclavitud, pueblos y dueños ansiosos de riqueza. El oro representa siempre sangre y esfuerzo.

En segundo lugar, el trabajo del oro

requiere una técnica inteligente. Nuestros indios, que no supieron fundir ni forjar el hierro ni templar el acero, si dominaron el oro a su capricho, lo fundieron, lo convirtieron en láminas, le dieron formas geométricas, lo dispusieron en joyas y adornos, eligieron la sonoridad de sus cascabeles, hicieron con él hilos, cuentas y canutillos de tamaño parejo, lo soldaron, le

dieron brillo y color a su gusto; lo mezclaron (fig. 4).

Podemos reconstruir con la imaginación esos talleres de los orfebres indios: chozas perdidas en las selvas del Chocó o a las orillas maravillosas del Cauca, o con la vista a las aguas de la sagrada laguna de Guatavita, donde un indio viejo y sabio debió dibujar primero los detalles de sus joyas uno

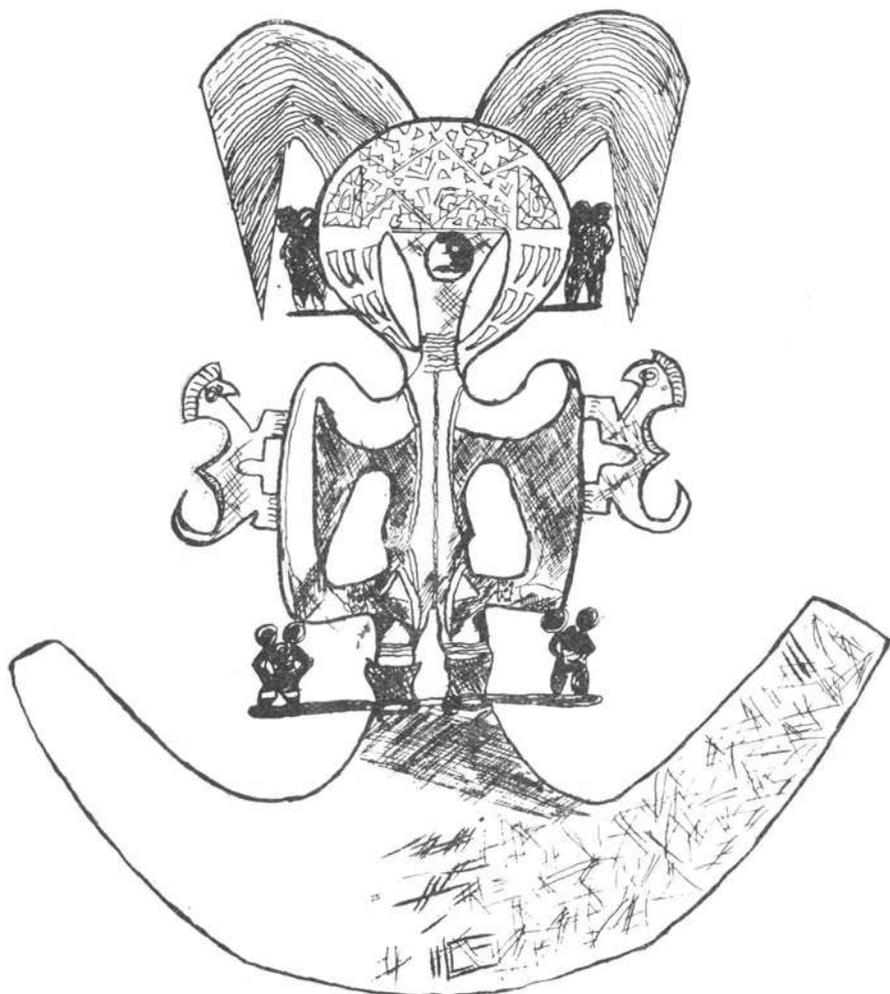


Fig. - 4

Pectoral de oro hallado en Timbio (Cauca)

a uno, combinando figuras, imitando con primor los animales característicos de su tierra, dedicado a la labor perdurable que todavía nos asombra.

Tercero. Tanta abundancia de valioso metal, convertido, no ya en monedas como las usaban los pueblos que se llaman civilizados, sino en adornos personales, en insignias de guerreros o en galas de fiesta, nos revela cómo vivían los indígenas de Precolombia, en qué invertían los frutos de su trabajo, las categorías sociales que entre ellos existían, cómo vestían en sus guerras y danzas y cuál debió ser el fausto de sus desfiles religiosos.

Porque hay que tener en cuenta que ese oro que vemos en el Museo no es sino una muestra del que poseyeron nuestros indios. Los conquistadores españoles hicieron del oro el motivo principal de sus empresas y arrebataron el codiciado metal a los indios. Para transportarlo más cómodamente lo fundieron en lingotes, llenaron con él las arcas reales, engalanaron a Europa con su brillo.

Muchas otras piezas de la orfebrería colombiana se conservan en colecciones públicas y privadas de otras naciones, muchas otras yacen todavía sepultadas.

Cuarto. El Museo del Oro nos revela las ideas más elevadas de los pueblos de Precolombia. En material tan costoso de obtener, tan trabajoso de elaborar, los indios expresaron sus más refinados sentimientos y sus más elevadas concepciones. En oro nos dejaron las imágenes de sus deidades: estatuillas de sus soberanos, figuras de sus animales simbólicos, de los insectos que llamaron su atención, los rostros de los hombres que admiraron o de las mujeres que amaron.

Un análisis detenido del Museo nos obliga a estudiar los siguientes puntos:

¿Qué hicieron los indios con oro?

¿Cómo trabajaron los indios el oro?

¿Qué caracteriza las piezas fabricadas con oro en las diversas regiones de Precolombia?

¿Para qué destinaban los indios sus piezas de oro?

¿Qué ideas suyas expresaron los indios en el oro?

¿Qué valor estético tiene la orfebrería de los indios Precolombianos?

Los indios hicieron con oro (fig. 5) láminas o planchas, hilos, cuentas, cascabeles huecos, filigranas, espirales, cañutos; figuras geométricas, unas veces iguales, otras en serie de mayor a menor, narigueras, argollas, orejeras, brazaletes, ajorcas para las piernas, collares, alfileres para coger los mantos, cetros para llevar en la mano, tiaras para ostentarlas sobre la frente, pectorales o placas para el pecho y horquillas para recoger el cabello. Además supieron dorar y enchapar con oro, que es cubrir superficies de objetos de otros metales con delgadas capas de oro íntimamente adheridas.

La técnica de que se valieron los indios para fabricar sus piezas, revela el desarrollo de su inteligencia, su delicada percepción de lo bello y la habilidad de sus manos.

El oro es un cuerpo metálico que en la naturaleza se encuentra puro o mezclado con la plata y el platino. Su color es amarillo brillante, pero existen variedades de él más pálidas o rojizas.

El oro es un metal duro que resiste a los golpes y a dejarse cortar, pero es flexible, laminable, maleable. Para fundirlo es preciso calentarlo muchísimo y solo así se suelda con algunos metales, no con todos. Sobre todo, el oro es muy difícil de disolver. En eso reside su mérito, en su resistencia al ataque por otras sustancias líquidas o gaseosas que puedan oxidarlo o desmejorar su aspecto.

La mezcla de oro fundido con otros metales en igual estado es una alea-

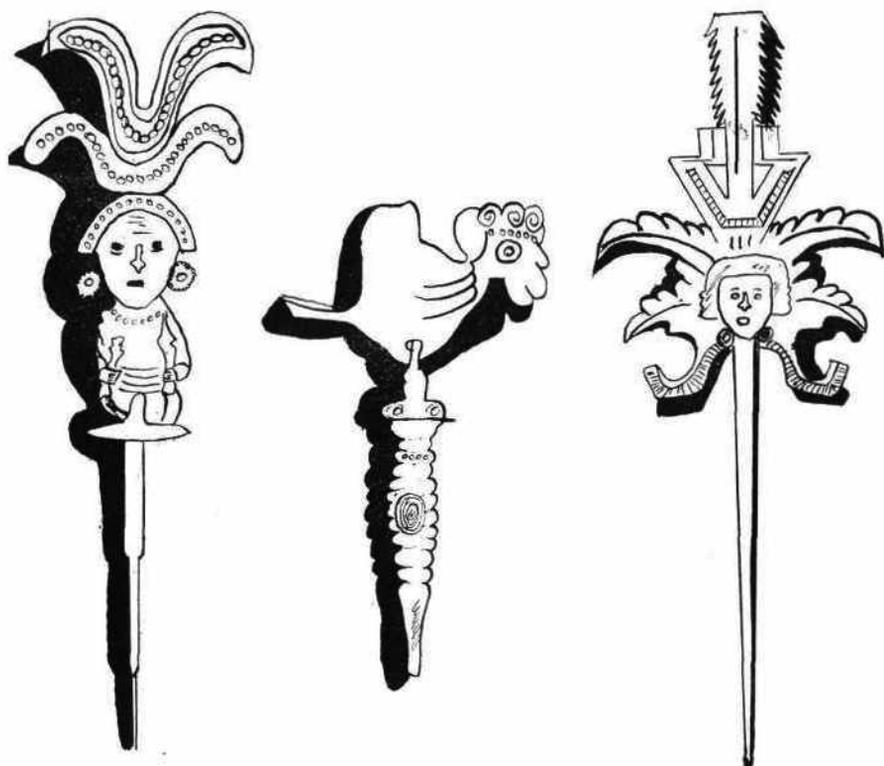


Fig. - 5

Cabezas de alfiler en oro para prender del manto, con figurillas antropomorfas y zoomorfas de pajuil.

ción; con mercurio es una amalgama, con cobre se llama tumbaga.

Los indios fundían el oro echándolo en crisoles que calentaban en hornillos adicionándolo con hierbas que servían de fundente. Con eso mismo eliminaban de él las impurezas naturales del metal. La hierba más usada para este fin era la acedera.

Según lo que con él quisieran fabricar lo vertían antes que se enfriara en moldes o en piedras planas o con ranuras. Estas últimas eran el primer paso de los hilos. Los planos iniciaban el proceso del laminado, los vaciados

en molde daban las mil figuras que se ven en las joyas.

Varias clases de moldes utilizaron los indios; el molde de piedra (fig. 6), donde talvez esculpían una figura y después, a martillo y en caliente, le aplicaban a perfección una lámina delgada de oro. También conocieron los indios el soplete, que es un tubito para lanzar, soplando con la boca, un dardo de llama hacia un punto de una lámina metálica, para calentarla, ablandarla, fundirla y soldar en ella los hilos de las filigranas.

Por el método de la cera perdida se

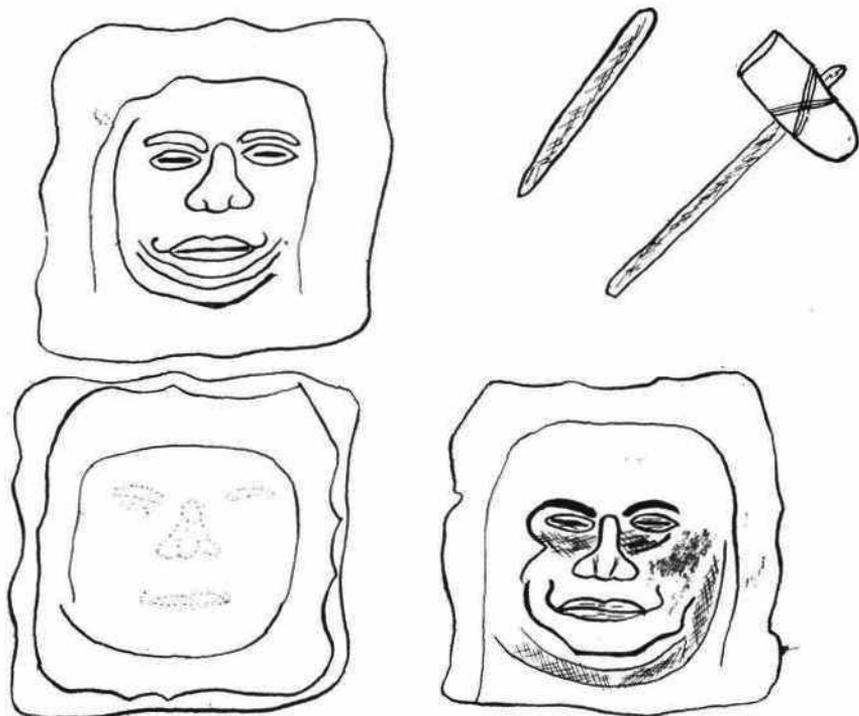


Fig. - 6

Explicación gráfica de como pudo hacerse el modelo del oro sobre molde de piedra.

trabajaba posiblemente así, (fig. 7): primero se moldeaba la figura en una pasta de polvo de carbón mezclado con arcilla. En seguida se le aplicaba una delgada capa de cera hasta envolverla en esta substancia, dejándole un cabo o puente descubierto y sin cera. Se retocaba la figura en la cera. Se forraba todo en el carbón-arcilla y se secaba. Luego se cocía fundiéndose la cera, con lo cual en el interior quedaba el modelado sostenido por su puente y se dejaba un orificio a manera de un embudo exterior. Por ahí se vaciaba el oro, que, al solidificarse, substituía a la cera. Se rompía cuidadosamente el molde arcilloso externo, y el interno quedaba encerrado dentro de la figura. En algunos casos lo retoca-

ban cuidadosamente. Por último se limpiaba y pulía la pieza.

Fue tal el dominio del oro que poseyeron los artifices indios que se llegó a pensar en zumos de plantas conocidas por ellos y que ablandaban el oro para moldearlo a tal grado que en él quedaran las huellas digitales de los artifices. Los indios, empleando zumos de plantas determinadas, dieron a la aleación de oro y cobre, que presenta un color rojizo, tonos amarillos y verdosos. El jugo de las plantas oxidaba el cobre de la superficie produciendo una mancha verdosa, que al retirarla por pulimento, dejaba matizado el color amarillo del oro puro.

El instrumental usado por los orfe-

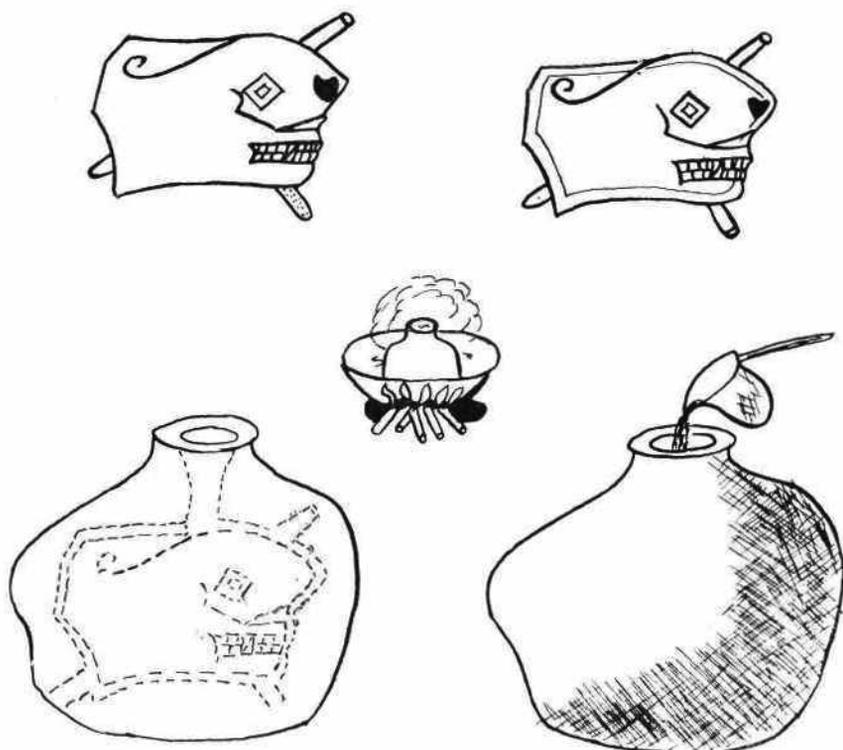


Fig. - 7

Explicación gráfica de como pudo seguirse el método de la cera perdida para modelar objetos huecos en oro.

bres indígenas era rudimentario, pero ingenioso y revelador de grande inteligencia, De él hallamos argumentos no solo en las mismas joyas del Museo del Oro, sino muestras reales en el Arqueológico del Instituto. Los orfebres usaban:

- a) Martillos o pedernal con cabo y de diferente peso.
- b) El horno para concentrar el calor de la leña.
- c) El soplete para soldar autógenamente fundiendo los dos bordes que querían pegar, de láminas delgadas.
- d) La laminadora y la hilera.
- e) El perforador de volante o fresa.

- f) Hierbas ácidas para limpiar.
- g) Hierbas que al quemarse dejaban en polvo residuos de sílex para pulir.

Con tan rudimentarias herramientas es más admirable el éxito de los orfebres indígenas.

No todas las piezas del Museo del Oro están hechas según los mismos procedimientos y estilo, sino que en ellas se dejan distinguir diferentes tipos-región, como si dijéramos, escuelas y tradiciones.

Como en este artículo vamos a estudiar una a una las diversas culturas de Precolombia, al describirlas daremos las características peculiares de

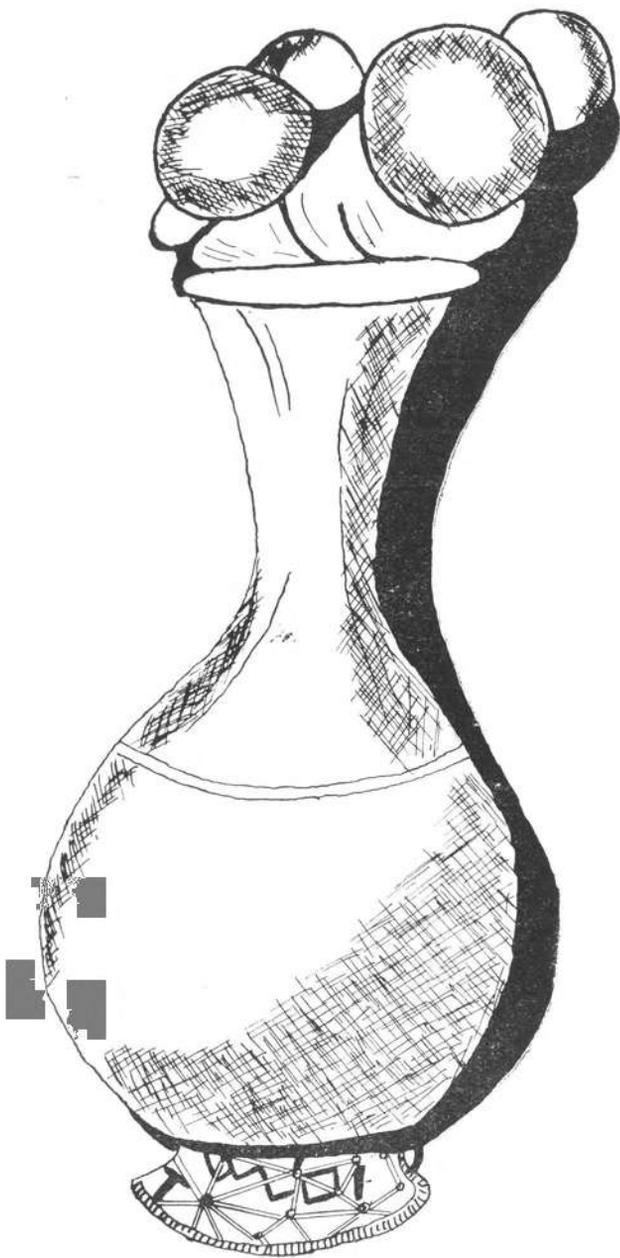


Fig. - 8

Recipiente en oro de los indios quimbayas imitando frutos.

sus orfebrerías. Aquí solamente enumeraremos los tipos-región que se distinguen con solo la consideración directa de las joyas del Museo. Son estas:

- a) Tipo-región Sinú-San Jorge, común a estos dos ríos de los actuales departamentos de Córdoba y sur de Bolívar.
- b) Tipo-región Tairona, de los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta.
- c) Tipo-región-Darién-Chiriquí, de los indios cercanos al golfo de Urabá.
- d) Tipo-región Quimbaya, del actual departamento de Caldas (fig. 8).
- e) Tipo-región Calima, de las orillas del Océano Pacífico, en nuestro departamento del Valle.
- f) Tipo-región Chibcha, de Cundinamarca y Boyacá.
- g) Tipo-región Popayán, de los indios que vivían en la parte más al Sur de los Andes Colombianos.

Las joyas de oro, eran ante todo, el adorno con que los indios engalanaban su persona. En una vitrina del Museo podemos ver a un maniquí que representa al indio con todos sus arcos. Es majestuoso, con sus orejeras, nariguera, collar y una diadema alrededor de la cabeza. El conjunto de muchos indios nobles, poseídos de su dignidad, vistiendo con tan lujoso atavío, destellando al sol o a la luz de las hogueras, debía ser deslumbrante. Así celebraban sus ceremonias religiosas y así entraban en combate.

Tan común era el vestirse así los indios, que había pueblos como los guatavitas, donde todos eran artífices en oro. De ahí nació su comercio activísimo del oro, tanto en bruto como elaborado, el cual forzosamente se traducía en largos viajes e intercambio de hombres, de noticias y de ideas.

Sin embargo, los adornos de oro que cada indio usaba estaban tan íntimamente ligados a su persona que al morir se se pultaban con él como algo ne-

cesario e en la vida del más allá. Los guaqueiros expertos encuentran a veces guacas de indios saqueadas por otros indios. Sin embargo, era tal la veneración que se tenía a los cadáveres y a las creencias sobre ultratumba que los indios, si no eran enemigos o ladrones envilecidos, no tocaban los enterramientos de los antepasados para sacar el oro encerrado en ellos. En eso eran más respetuosos que los llamados hombres civilizados.

El oro tenía visos de cosa sagrada y era, por lo mismo, el sacrificio ofrecido al sol y a los lagos.

La fijeza y la sutileza del oro sirvieron para que los indios transmitieran sus ideas. En sus joyas vemos ranas, lagartijas, serpientes, águilas, el pájaro diostedé, caimanes, rostros humanos con nobles facciones, así como cabezas que tienen trazos perfectos, dignas del arte egipcio.

Al retirarnos del Museo del Oro, después de considerar una a una las maravillosas producciones de la orfebrería indígena, volvemos la mirada a ese conjunto deslumbrador y nos hacemos esa pregunta de toda la Arqueología: ¿Cuál era la cultura de Precolombia? La respuesta es comúnmente: nuestros indios poseían un alto sentido de la belleza, pues solo una estética refinada puede producir en material tan rebelde tantos detalles armónicos que nos asombran aún comparándolos con la labor de los joyeros modernos. Además, los indios con su orfebrería, exaltaron los atributos más nobles del hombre: la hermosura del cuerpo, la ostentación de sus actos nobles, el hondo significado de sus ceremonias, la importancia de la autoridad ordenadora del grupo social. A la frente donde está el pensamiento, le dieron majestad; al pecho, donde reside el valor y la generosidad, le infundieron amplitud; a los brazos, que son actividad, les comunicaron ligere-

za; al cabello, coquetería; a los pies, sonoridad al avanzar y alegría en la danza.

Lo común a todas estas joyas es una apropiada sublimación de lo bello y de lo noble.

4— d) El Museo Etnográfico del Instituto Colombiano de Antropología. También para estudiar el Museo Etnográfico debemos orientarnos por la consideración de un mapa que existe en uno de los muros, bellamente dibujado por el maestro Luis A. Acuña, donde presenta los pueblos primitivos actuales de Colombia, cada uno en el área que hoy habita, con sus viviendas, utensilios y ocupaciones características: allí los motilonos en los bosques y la serranía de su nombre; más abajo, entre los ríos Meta y Vichada, están los guahibos; en el sur están los cofán y los íngano; en la península de su nombre, los guajiros; en Caldas y el Chocó, los chamies, y en la agreste amazonía, entre los ríos Caquetá y Vaupés, los tukanos, los makúes, los cubeos y muchos otros.

Estos pueblos viven en la actualidad de una manera muy semejante a como debieron vivir aquellos primitivos de los cuales solo conservamos recuerdos sacados de sus tumbas. Pero nos es más fácil estudiar éstos, puesto que todavía los hallamos en actividad; podemos fotografiarlos, interrogarlos a ellos mismos y llenar con un estudio minucioso las lagunas que nos deja la consideración de los objetos mudos que están en el Museo.

Allí están en primer lugar sus retratos, que nos muestran sus facciones parecidas a las representadas en aquellas ánforas que vimos en el Museo Arqueológico; en las vitrinas están sus vestidos; cuzmas, ponchos, disfraces de fiesta, chumbes para cargar los niños a la espalda, sombreros tejidos artísticamente con productos de la selva; sus adornos: collares, cinturones,

pectorales, orejeras, plimas, ajorcas, pulseras; sus instrumentos musicales: silbatos, maracas, flautas, tambores, carracas, cascabeles, ocarinas; sus utensilios de trabajo y armas para la caza y pesca: canaletes, remos, redes, atarrayas, arcos, flechas, mazas y talladros. En los enseres domésticos nos maravillamos con la observación de sus labores de cestería: canastos, sebucanes, piperes, cedazos, coladores, cucharas, cernidores, petaquitas de delicadeza femenina para guardar el yopo y las pipas para absorberlo; calabacines con el achiote para pintarse el cuerpo en las festividades. Destácase la labor reveladora de su gusto estético en los tejidos de las hamacas, unas blancas, otras en colores de hermosa combinación y que manifiestan años de trabajo inteligente; los husos para hilar las fibras de algodón. De estos objetos muchos son idénticos a los que se extrajeron de los enterramientos antiguos que ya observamos. Los instrumentos que estos indios usan se parecen también a los de otras épocas, es decir, que en este Museo Etnográfico encontramos la evidencia de la conexión y el puente que existe entre la vida indígena actual y la que vimos en el Arqueológico, ya desvanecida.

Otras observaciones podemos hacer: así como a nosotros nos es dado estudiar y comprender a los indios actuales, así a los españoles de la época conquistadora les fue posible estudiar en vivo los hombres primitivos que conquistaron, y de ahí el inmenso valor que tienen para nosotros las viejas crónicas, intérpretes de lo que ayer fue y hoy está extinguido. Por eso en capítulo venidero daremos especial importancia a las relaciones de los cronistas y misioneros que vinieron a acompañar a Quesada, a Bastidas, a Belalcázar, a Robledo y demás descubridores.

5— e) Dependencias del Instituto de Antropología. Son tantos los problemas que se deben resolver para conocer cómo fueron nuestros antepasados indios y tantas las luces que para ese conocimiento vienen de los objetos materiales que hemos visto en el Museo, se escribe tanto en todo el mundo sobre estos mismos temas, que, a ejemplo de los países más adelantados, el Gobierno de Colombia ha organizado, bajo la dependencia del Ministerio de Educación, el Instituto Colombiano de Antropología.

Para darnos idea de su labor, subamos un piso no más en el edificio del Museo y entremos en primer lugar en la Biblioteca. En grandes estantes están alineados los libros; casi todos los títulos se refieren a los problemas que ya nos insinuaron los Museos y están tratados por hombres eminentes que no solo son de habla española, sino de todas las lenguas. A más de los libros y tratados completos, hay numerosísimas colecciones de revistas de la Antropología de los últimos hallazgos hechos en todo el mundo. El interés que despiertan estas noticias está pintado en los rostros de los muchos lectores que circuyen la larga mesa del centro de la Biblioteca: ávidamente leen, escriben y toman notas, porque la ciencia antropológica va adquiriendo cada día mayor actualidad y su conocimiento es más indispensable para la cultura del hombre.

Así como otros nos dan noticias de lo suyo, así también el Instituto, para dar informes de lo colombiano en Antropología, sostiene tres magníficas revistas: El Boletín de Arqueología, el Boletín de Antropología y la Revista Nacional del Folklore; esta última trata de aquellas manifestaciones actuales de la cultura que radican en la raza y en la tradición antigua de los pueblos primitivos y sus ideas complementan los dos boletines anteriores.

Sirven estas revistas no solo para presentar nuestra contribución a la ciencia antropológica mundial, sino para obtener, por canje, numerosas publicaciones y revistas de otros centros similares. Así tenemos intercambio con todos los países europeos, con Norteamérica, con Méjico, con los países sudamericanos. Porque mientras más culta es una nación, más se interesa por el conocimiento de los hombres que antiguamente habitaron su territorio.

El Instituto tiene, además, un departamento de investigadores especializados, que se distribuyen así:

Los de lingüística estudian las lenguas de los aborígenes y las de los indios actuales; las relacionan, buscan el sentido de las palabras y de la escritura antigua y tratan de comprender la vinculación que esos pueblos tuvieron unos con otros.

Los especialistas en Antropología física estudian caracteres raciales de los pueblos indios.

Los de Antropología social se dedican a estudiar las culturas primitivas de Colombia.

En la sección de dibujo se hacen los mapas, se reproducen los planos y se pintan muchas cosas que no se pueden transportar íntegras al Museo, las cuales es preciso dar a conocer a los especialistas de todo el mundo.

La dependencia de museología tiene por objeto observar las piezas, hacerles las etiquetas y elaborar los catálogos con entera correspondencia a cada muestra que se presenta en el Museo. En el taller de reconstrucción y moldeo se trata de preservar, reconstruir y reproducir los objetos etnológicos hallados dentro de Colombia (fig. 9).

También hay una sección del Instituto destinada a la Coordinación de las Misiones, que tiene por fin recoger los datos que suministren los misioneros



Fig. - 9

Figurilla en barro hallada en Timbio cerca a Popayán.

que viven entre las tribus indígenas y ayudarles en su grande empresa de apostolado mediante la mejor comprensión de las mentalidades indias.

Una dependencia muy importante es también la del Folklore. Ella recoge los versos, los dichos, las coplas, los bailes, los rezos, la música, el colorido y la técnica de la cerámica, los cuales nos manifiestan que en el fondo del alma del pueblo viven todavía el indio primitivo y el negro venido de la remota Africa.

Por último, complemento indispensable de una organización que conduce los estudios de todo un país sobre

la especialidad del hombre, el Instituto ha organizado sus cursos de Antropología para formación del personal colombiano que mañana ha de ampliar sus propias inquietudes y hacer luz en nuestro problema antropológico, tan complejo como dilatado.

El Instituto no solamente actúa en Bogotá. Sostiene, además, los siguientes parques arqueológicos: San Agustín, recuerdo de uno de los pueblos más antiguos y más extraños de América, que nos dejó un arte estatuuario monumental; el de Sogamoso, en el foco central de la cultura chibcha, con vastos cementerios indígenas; el de

Facatativá, con monumentos rupestres singularísimos; el de Tierradentro, llamado de Inzá, donde hay indios que han sobrevivido a la dominación de la cultura europea.

Además, varias filiales que son otros tantos centros dedicados al estudio preferencial de aquellos pueblos y restos de las culturas que les quedan vecinos. Son éstos:

Barranquilla, que se ocupa especialmente en el estudio de la cultura que tuvo su asiento en el Departamento del Atlántico y a lo largo del río Magdalena; el de Santa Marta, que abarca con minuciosidad cuanto hemos logrado saber sobre la cultura de la Sierra Nevada de Santa Marta y del Departamento del Magdalena; la filial de Medellín, consagrada a los estudios en el Departamento de Antioquia; la de Popayán, que tiene tema vastísimo en los indios de sus cercanías, de los cuales hay grupos subsistentes.

Vinculado especialmente al Instituto y protegido por él, continúa sus investigaciones, iniciadas por el padre Capuchino Marcelino de Castelví, el CILEAC, Centro de Investigaciones Lingüísticas y Etnológicas de la Amazonía Colombiana, que tomó por suya la vastísima región amazónica con numerosos pueblos, lenguas y demostraciones culturales, todavía retrasadas, pero que son motivo interesantísimo de estudio.

Todo este organismo tan complejo que es el Instituto Colombiano de Antropología, los Museos y sus parques y filiales, obedecen a un D rector, bajo cuya responsabilidad corre no solo el ritmo de trabajo, sino el rumbo de los estudios y la crítica de las operaciones. Es la función más complicada para el progreso de las investigaciones y para mantenerlas al nivel de la ciencia moderna.

Así el Instituto de Antropología desentraña un tema que en la ciencia se

considera importantísimo y presenta a Colombia como un pueblo de mentalidad y de preocupación elevadas. Con ello, además, fomenta el turismo nacional y atrae los investigadores extranjeros, pues esas primitivas culturas nacidas en la entraña misma de nuestro territorio son lo más típico, lo más digno de visitar, lo más genuino y sugestivo que los colombianos podemos mostrar a los viajeros que de cualquier país vengan a conocernos.

6— f) Las ciencias antropológicas. Surgen de nuestras visitas a los Museos la definición de muchos conceptos y ciencias que es necesario dejar muy claros y fijarlos antes de seguir adelante este estudio.

Necesitamos saber lo que es cultura.

Todo cuanto rodea al hombre, influyendo en él o percibido por él, forma su ambiente o su medio. La parte del ambiente que no ha sido producida por el hombre es la naturaleza. La parte del ambiente que ha sido producida o transformada por el hombre es la cultura.

La noción de cultura se identifica con la civilización, que es el conjunto de procedimientos, usos, costumbres y realizaciones que dan al hombre satisfacción de sus necesidades fundamentales y de sus exigencias espirituales.

De la cultura necesitamos conocer dos clases de manifestaciones: unas son ideas y creencias de un pueblo que constituyen su cultura espiritual. Otras son las obras de sus manos, las cuales podemos mirar en el Museo y que son su cultura material.

Pueblo es el conjunto de hombres que por su acción solidaria han alcanzado la misma cultura o civilización.

Raza es el conjunto de factores hereditarios que caracterizan a los grandes grupos humanos.

Antropología Física. Este es el estudio de las razas humanas o, lo que es

igual, el estudio del hombre como ser zoológico.

Antropología cultural o Etnología es el estudio de las culturas de los pueblos.

Etnografía. Es el estudio descriptivo de las manifestaciones culturales, por ejemplo, de los diversos artefactos, viviendas, tejidos, etc.

Folklore. Es el estudio de las ideas populares propias a un determinado grupo humano, arraigadas en la naturaleza y en la educación secular.

Arqueología. Es el estudio de la vida de los aborígenes, basándose en excavaciones de los sepulcros, sitios de vivienda, basureros y sitios de cere-

moniales, es decir, en los restos de su cultura.

Prehistoria. Es el estudio de las agrupaciones humanas y de sus culturas, antecedentes a la Historia. La Prehistoria es el conocimiento de sus culturas y grupos humanos por otros documentos no escritos, que son precisamente esos objetos que llenan los estantes de los Museos.

El presente trabajo fue elaborado consultando las siguientes obras:

Primer Tomo Antropología Colombiana.

Lectura Biblioteca Banco de la República.

Museo del Oro de Colombia.

“Las bóvedas o sepulcros eran fabricados de diversas maneras: hacían una perforación vertical al terreno, que luego ensanchaban en la parte inferior para formar lo que propiamente se llamaba cámara. La lumbrera era de forma rectangular, cilíndrica, cónica o en forma de media luna. Los huaqueros les tienen varias denominaciones según la forma de la lumbrera o calidad de la tierra con la cual hacían el relleno interior: quintoreras, carateras, carmineas, rucias, veladas, de cola, veleros, cajones, monos, de tambor, amagos, escarbaderas, galerías, etc. Las hay casi superficiales de dos y media varas, de 5, de 8, de 10 y hasta de 25 varas de profundidad. A uno y otro lado de la bóveda se hacían excavaciones secundarias para enterrar a las mujeres y los esclavos o servidumbre del cacique, costumbre que denuncia una errada concepción de la inmortalidad del alma, pues suponían que el muerto necesitaba en la otra vida de los enseres que le habían servido durante su vida mortal.”

Víctor A. Bedoya